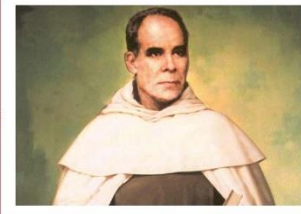


TEMA 3

PALAUTIANO



RASGOS PROFETICOS DE FRANCISCO PALAU.



OBJETIVO

Reconocer la vivencia profética de Francisco Palau en su recorrido histórico, identificando sus rasgos proféticos, para iluminar nuestro compromiso misionero en las realidades de que nos toca vivir.

INTRODUCCIÓN

Para entrar en la figura profética de Francisco Palau, debemos reconocer que un profeta no nace como tal, se va haciendo al paso de la gracia de Dios que lo llama a anunciar el evangelio y denunciar todo aquello que se le opone. A Francisco Palau, podemos ubicarlo en estas categorías: llamado a anunciar, denunciar y vivir fiel a un ideal que realizó marcado por la figura y experiencia del profeta Elías, hombre que en su camino es testigo del milagro del pan y de la vida ante la viuda de Sarepta, hombre del silencio, la oración y la escucha en el monte Carmelo, hombre puesto a prueba por los profetas de Baal que invocan dioses falsos y él lleno de celo por el Dios Vivo demuestra a quién sirve y cómo camina apoyado en por Él. (conf. 1 Reyes 17 al 19).

Podemos decir que Francisco Palau, al igual que Elías, le mueve la búsqueda del Dios Vivo, camina a su encuentro amoroso en la soledad, el silencio, la oración hecha en la montaña o la cueva; entregado al plan de Dios, busca su voluntad debatiéndose entre logros y dificultades, certezas y zozobras, acciones y pensamientos que lo llevan a afirmar que es Dios mismo quien lo llama como a los profetas: “«Hijo de los grandes Profetas, sal de tu cueva y ven si te atreves a lidiar conmigo». Me levanté... Y al salir, una voz amiga me dijo en silencio: «Marcha, no temas». Y yo, revestido de fuerza, me presenté ante el Dios de la majestad que vino sobre las nubes”¹.

¹ PACHO Eulogio, Francisco Palau, Escritos, Burgos Monte Carmelo, pág. 923. 1998 (MRel 17,8)

En nuestro encuentro, escucharemos los momentos más significativos de la vida de Francisco Palau, y desde ellos, podremos deducir algunos rasgos que lo identifican como profeta en las circunstancias que le tocó vivir.

También será la oportunidad para identificar los profetas de nuestro tiempo, que Dios sigue poniendo como instrumentos para conocer sus caminos y defender la cusa de los más necesitados.

DESARROLLO DEL ENCUENTRO

1. Experiencia inicial:

“Un personaje nos visita”

- **Opción presencial:** (se prepara con anterioridad, al personaje y a un lector de la narración de Francisco Palau). El grupo de participantes estará atento al ingreso de alguien vestido de hábito carmelitano que entra y se detiene en una cueva o se ubica en un pequeño rincón frente a una cruz; un narrador oculto, va describiendo la experiencia de Francisco Palau.
- **Opción virtual:** (Preparar imágenes de Francisco Palau para ir proyectando mientras se hace la narración) los participantes observarán imágenes de Francisco Palau en diferentes momentos de su vida, y poco a poco se va haciendo la narración del texto.

Narración:

Nací en una familia de hondas raíces cristianas, en un ambiente de hambre y peste, por los efectos



de la guerra de la Independencia en plena rebelión de los pueblos catalanes contra el pueblo francés. Fui testigo desde mi infancia de la inestabilidad política y de la poca seguridad que ofrecían los reyes de la tierra. Aun siendo niño salí de Aitona, hacia Lérida para avanzar en los estudios secundarios, apoyado por mi hermana Rosa; cuando tenía 17 años ingresé en el seminario donde realicé estudios de filosofía y teología, allí se despertó en mí el deseo de ser Carmelita Descalzo, por el contacto que tenía con algunos de los profesores.

Para decidir mi ingreso al Carmelo descalzo, hice la novena al profeta Elías y fui dándome cuenta que había dado una respuesta a mi petición, entonces, se quedó muy dentro de mí ese hombre apasionado por el Dios Vivo, valiente e intrépido en medio de los profetas de Baal; siento que su admiración por él me fue convirtiendo en un hombre buscador, inquieto y comprometido. La consigna de Elías era: “¡Quién como Dios ¡” y la mía era: “Iré donde la Gloria de Dios me llame”; quedé como sellado de su fuerza profética que me llevó a actuar con el fuego del amor de Dios.

A los 21 años, tuve la valentía de renunciar a la beca del seminario que me habían otorgado para realizar mis estudios; me vine al claustro carmelitano, guiado por una luz irresistible asumiendo el momento de incertidumbre y persecución que se vivía en España, sabiendo que no era fácil lo que me esperaba, afirmaba: “Me entregué a los planes de Dios, con la certeza de que no necesitaba edificios y seguridades para mi camino porque... Para vivir en El Carmen sólo necesitaba una cosa y esta es la vocación” (VS Pág. 242,2). Sin pretensión alguna, puedo decir que algo de profeta llevaba dentro.

Con el paso del tiempo, constaté que estaba dispuesto a dar mi vida asumiendo las consecuencias que me esperaban, al llegar mi profesión como carmelita descalzo, reconozco que “No ignoraba el peligro apremiante a que me exponía, ni las reglas de previsión para sustraerme a él; me comprometí, sin embargo, con votos solemnes a un estado, cuyas reglas creía poder practicar hasta la muerte, independiente de todo humano acontecimiento”². No tardaron en llegar los ataques a los claustros, unos fueron quemados, otros suprimidos y derribados, esto sucedió la noche del 25 de julio de 1835. Llevado por las circunstancias me fui a mi tierra natal, Aitona, sin perder el contacto con mis superiores, más adelante, me pidieron continuar la preparación para recibir el ministerio sacerdotal; ésta se realizó el 2 de abril de 1836 de manos del obispo de Barbastro. Aquella experiencia marcó mi vida, lo expresé así: “Habiéndome la Iglesia por ministerio de uno de sus pastores impuesto las manos sobre mi cabeza, el espíritu del Señor, que vivifica ese cuerpo moral, me mudó en otro hombre, a saber en uno de sus ministros, en uno de sus representantes sobre el altar, en sacerdote del Altísimo”³.

Ejercí los compromisos sacerdotales en mi pueblo natal y poblaciones aledañas, más adelante recibí el título de Misionero Apostólico, con el aval para predicar y realizar misiones populares,

² Ibíd. Vida Solitaria, pág. 242,2,10

³ Ibíd. VS 245,18

predicación de novenarios y atención espiritual. Trabajé con estas licencias durante dos años (1838-1840). Las circunstancias políticas y sociales empeoraron y el 21 de julio de 1840, a causa de la derrota ejército carlista, me vi obligado a abandonar mi patria porque temí ser víctima de represalias del por parte del ejército contrario.

Me fui a Francia, atravesando los Pirineos junto con otros refugiados después de recibir los salvoconductos para cruzar la frontera. Como la situación no mejoraba en España, permanecí en Francia durante 11 años, durante los cuales me dediqué a la vida contemplativa y a la soledad carmelitana, a la dirección espiritual de hombres y mujeres y a escribir en favor de la Iglesia siguiendo el llamado del Papa Gregorio XVI quien pedía a orar por la Iglesia perseguida en España, escribí **“Lucha del alma con Dios”** dando respuesta a este clamor y orientar al pueblo sencillo a realizar este cometido.

En Francia conocí a Juana Gratiás, a Teresa Chistiá y otras mujeres buscadoras de Dios, con ellas empecé a formar pequeñas comunidades femeninas al estilo carmelitano, también había un grupo de hombres, muy pronto estos grupos fueron objeto de críticas y ataques por parte de las autoridades francesas; frente a estas acusaciones, también salí a la defensa con valor, levanté mi voz a través de mi pluma de escritor a través de un libro llamado: **“Vida Solitaria”** en él exponía que mi estilo de vida y el de los grupos existentes, en nada se oponía a los deberes religiosos y ciudadanos. Reconozco que “No podía yo presentarme en el campo de batalla sin armas, pero las de hierro y acero me eran completamente inútiles, ya que mi combate iba dirigido no contra la carne y la sangre sino contra las potestades, los príncipes y directores de las tinieblas de este mundo [Ef 6,12]; tomé, pues, del arsenal del templo del Señor una armadura del todo espiritual [Ef 6,13] como son la cruz, el saco y el cilicio, la penitencia y la pobreza, juntamente con la plegaria y la predicación del evangelio”⁴, con estas armas me sentía fortalecido para todas mis empresas.

Después de la firma del Concordato España-Santa Sede, vi la oportunidad de regresar a España en 1851, fui acogido por las autoridades eclesiásticas que muy pronto me nombraron director del seminario en Barcelona, también trabajé en la parroquia de San Agustín y con otros compañeros, fundamos la **“Escuela de la Virtud”** para educar al pueblo en las verdades cristianas. Se aprobó e inauguró el 16 de noviembre de 1851, allí se impartía una catequesis dominical sobre las virtudes

⁴ Ibíd. VS 246, 19

cristianas, acudían obreros y sus familias; para el desarrollo de las clases escribí el **“Catecismo de las Virtudes”** utilizado por los alumnos de la escuela. Esta obra también se vio truncada por las revueltas políticas y sociales en Barcelona, fuimos acusados de subversivos y por este motivo fue suprimida esta acción evangelizadora por orden de las autoridades, el 31 de marzo de 1854, fue derribado su pendón del frente de la parroquia de San Agustín sin razones y explicaciones lógicas, como director de la obra, fui acusado desterrado a la isla de Ibiza. Llegué a Ibiza, para iniciar una nueva etapa completamente nueva e imprevista, me sentía vigilado, señalado como insidioso y perturbador del orden público, reconocía que esta situación, era la consecuencia lógica de vivir en la verdad y predicar el Evangelio. Aparentemente se acallaba mi voz profética, sin embargo los caminos de Dios eran otros. En Ibiza, habitaban personas olvidada por el Estado, sedientas del amor de Dios, volví entonces a la tarea de seguir anunciando el Evangelio. Más adelante pedí que trajeran el pendón de la Virgen de las Virtudes que presidía la Escuela, y, fortalecido por la



presencia de María, empecé a cultivar entre los isleños el amor a la Virgen a través del cultivo de las virtudes, como la mejor manera de honrarla, para ello escribí **“Mes de María. Flores del mes de mayo”** compuesto por la reflexión organizada de las virtudes y el compromiso de practicarlas a lo largo del mes de mayo, esta propuesta

sirvió para transformar su devoción y contribuyó a la renovación cristiana de la Isla.

En medio de mis correrías pastorales en la isla, descubrí un islote llamado el Vedrá, lugar silencioso y pintoresco en medio del mar mediterráneo propicio para mi encuentro con Dios, allí pasaba días y noches a la escucha de su voluntad para mí y para mis dirigidas espirituales que apoyaban las empresas que al fin y al cabo, era la obra de Dios.

El destierro en Ibiza duró seis años y por fin llegó la hora de mí libertad, después de luchar sin desfallecer por demostrar mi inocencia, ante las autoridades competentes, especialmente a la Reina Isabel II. El 1 de mayo de 1860, se publicó una “amnistía general y completa”, me creí legítimamente incluido en ella, por lo que pedí el pasaporte para regresar a Barcelona.

Dios seguía guiando mi camino de profeta, en una predicación realizada en la Catedral de Ciudadela, se dignó mostrarme que era yo era padre en la Iglesia, y desde entonces, mi misión adquirió más fuerza y compromiso. Me propuse estar cerca de mis seguidores, buscando la voluntad de Dios sobre ellos y desarrollar mi vida apostólica en la predicación, misiones populares y el ministerio del exorcistado.

Entre la consolidación de las fundaciones de hermanos y hermanas como carmelitas y el ministerio del exorcistado, dediqué prácticamente los últimos años de mi vida pastoral. El exorcistado lo asumí al ver a mis hermanos en medio de la ausencia de Dios, el dolor, la enfermedad y el desamparo, ante esta realidad levanté mi voz de palabra y de obra, por un servicio que creía firmemente era mandato divino, en esta labor, fui testigo de la transformación de muchos enfermos y procesos sobre quienes imponía mis manos y atendía junto a las hermanas en la capilla-hospital de Nuestra Señora de las Virtudes en Vallcarca.

Me sentía iluminado por el mismo Jesús perseguido y crucificado; nuevamente me convertí en objeto de crítica y rechazo, unos hablaban para bien y otros señalaban mi trabajo como sospechoso, nuevamente salí en defensa de los enfermos y acudí al Obispo de Barcelona, Pantaleón Monserrat para dar razón de mis acciones. Mas adelante viajé a Roma para exponer mi defensa, entregue al Vaticano I un documento, en el que presentaba la defensa del ministerio del exorcistado. Regresé a Barcelona para continuar mis labores pastorales, abrigando en mi corazón una respuesta oportuna, me quedé aguardando con la inquebrantable obediencia a mis superiores.

Al final de mis días, puedo decir que trabajé incansablemente por la Iglesia, enfrentando corrientes espirituales y movimientos racionalistas, propagación del satanismo en Barcelona y otras poblaciones. El termino de mi vida era inminente, ya veía mis fuerzas desgastadas por el ir y venir de mi misión, puedo destacar la fidelidad de Juana Gratias y Gabriel Brunet, que apoyaron mis ideales carmelitanos. Tuve noticia de los estragos de la epidemia de tifus en Calasanz (Huesca), las hermanas estaban atendiendo la población, viajé para darles mi ayuda, luego pasé a Barcelona y Tarragona una de mis últimas fundaciones de hermanas, allí llegué enfermo y el 20 de marzo de 1872, la muerte me encontró con la lámpara de la fe y el amor encendidas, entrego mi alma a Dios sabiendo que mis caminos todos estuvieron en manos de Dios.

2. EXPERIENCIA DE INTERIORIZACION

a. Profundización.

Después de haber escuchado el testimonio de Francisco Palau en su recorrido histórico, vamos a Abrir un espacio de dialogo, para que los participantes compartan los rasgos proféticos que logran identificar en su vida y misión.

Se pasa a profundizar los siguientes aspectos:

1. **Francisco Palau, es hombre de Dios.** Vivía y buscaba la comunión íntima con Dios en la oración, en el silencio, en la soledad. Gesta su profetismo en la montaña y en las cuevas; el Vedrá será la montaña del encuentro con la Iglesia: Dios y los prójimos; es profundamente contemplativo y guiado por el Espíritu. Tiene conciencia de ser llamado y desarrolla las acciones propias de su una misión como sacerdote y carmelita; vive en actitud de búsqueda y lucha por la verdad; busca luz para discernir los designios de Dios sobre sus dirigidas y dirigidos espirituales y sobre la misión que ha de llevar a cabo en cada momento que vive especialmente en tiempos de confusión social, política y eclesial. Nos dirá que en los momentos difíciles encontró apoyo en la Palabra de Dios y en la doctrina de la Iglesia: “No pudiéndome apoyar en estas materias en obras escritas sobre ellas, ando con mucho temor y cautela, porque en el día malo en que todo se revuelve, dudo de todo; y en mis dudas busco en las Escrituras Santas y en los Santos Padres y Doctores a de la Iglesia apoyo y doctrina”⁵.
2. **Francisco Palau es un apasionado por la Iglesia.** El amor por la Iglesia, lo llevó a desempeñarse con fidelidad siendo sacerdote, Misionero Apostólico, catequista, escritor, fundador, por eso dice con convicción: “Mi misión se reduce a anunciar a los pueblos que tú eres infinitamente bella y amable y a predicarles que te amen. Amor a Dios, amor a los prójimos: éste es el objeto de mi misión. Y tú eres los prójimos formando en Dios una sola cosa. – Marcha –dijo–, yo te envío”⁶ Es elocuente su preocupación por las necesidades de los miembros sufrientes, por eso lucha contra las fuerzas del mal presente en la sociedad de su tiempo. Su estilo de vida es al modo de los profetas, por este motivo es perseguido, expulsado, desterrado, encarcelado,

⁵ MRel 4,22

⁶ MRel 12,2

calumniado, consecuencias que asume sin romper la comunión con las autoridades eclesíásticas de su tiempo.

3. **Francisco Palau desarrolla su misión en un contexto y tiempo concreto.** Lo ubicamos en el siglo XIX (1811-1872), en España, Francia, Barcelona, Ibiza, Vallcarca, Menorca, entre otros. Deja ver en estos lugares su amor y compromiso con y por la Iglesia, así lo afirma un escrito de una de sus hijas, Carmelita Misionera de nuestro tiempo: “Palau, profeta de la Iglesia, recuerda la tarea liberadora y la misión frente al mal que tiene la Iglesia porque es la de Jesús. Defender el poder de Jesús en su Iglesia es defender la realidad de ésta como espacio encarnacional, sacramental, comunal con El”.⁷

Dos títulos le abren campo como profeta de la Iglesia: Misionero apostólico y Exorcista.

- Misionero Apostólico: “era un título jurídico, concedido por la Sede Apostólica a determinados predicadores itinerantes de fieles o de infieles que lo solicitaban. En su sentido originario y jurídico significa un sacerdote enviado por la Santa Sede a suscitar la Iglesia allí donde no está establecida; significa también un sacerdote recomendado por la Sede Apostólica al ordinario de la Iglesia establecida para que éste le dé misión canónica a fin de animarla y reevangelizarla. Por su parte, el misionero se comprometía a dedicarse a la predicación itinerante, llevando una vida pobre y desprendida”⁸. Varias parroquias y diócesis, fueron testigos de su entrega comprometida en este campo.
- Exorcista: una labor muy poco comprendida por las autoridades de su tiempo, sin embargo siempre se presentó como: “un hombre de Dios, orante, cabal, comprometido y lleno de la fuerza del Espíritu para dar testimonio de su presencia liberadora en medio de su Pueblo. Lleno de caridad y probada fortaleza, mantiene una lucha sin cuartel contra el mal compadecido de los sufrimientos humanos. Llegado el momento sabe someterse al dictamen de sus superiores”.⁹ María José Mariño, continúa explicando como el ejercicio del Exorcistado significa: “El Triunfo de la Iglesia

⁷ Mariño, María José, Servicio y Liberación: El ministerio del exorcistado según Francisco Palau, Monte Carmelo, Burgos pág. 48

⁸ JARA, María Dolores y MUNILL Pilar, 100 Fichas sobre Francisco Palau, Monte Carmelo, Burgos, pág. 99)

⁹ Ibíd. pág. 146-150

contra Satanás” en el cual Palau es mediación: “lanzaras en mi nombre”, “conjúralos en nombre mío” y “seré yo quien los humillaré”. Detrás del exorcismo está siempre el poder divino contra toda potencia de mal, manifestado definitivamente en Jesucristo, en su Pascua. Por eso se realizan en nombre de Cristo, de Dios o, mejor aún, de la Santísima Trinidad. Es algo audaz cambiar la fórmula del mismo, que es lo que hace Palau con las expresiones “en nombre mío” qué es lo mismo que “en nombre de la iglesia”¹⁰.

Francisco Palau como hombre de Dios, apasionado por la Iglesia y en un contexto concreto, nos enseña que un profeta, siempre será objeto de pruebas y en ellas tendrá la oportunidad de mostrar a quien ama y sirve en medio de su pueblo.

3. LECTIO DIVINA



Contemplar y meditar: **1 Reyes 19, 8,11-17**

Elías nace como profeta por el llamado de Dios, es hombre de Dios, atento a su voz, dispuesto a defender su causa hasta las últimas consecuencias. Esta realidad debe marcar la vida del cristiano, siempre enfrentado frente a la disyuntiva servir a los intereses divinos o a los intereses los humanos. Ante este llamado vale la pena preguntarnos:

- ¿Nos reconocemos instrumentos de Dios, en la misión que realizamos?

¹⁰ Ibíd. pág. 52

ORACIÓN

Señor, gracias por el testimonio profético de hombres y mujeres
de tiempos pasados y de nuestro tiempo.
Ayúdanos a reconocer el llamado que nos haces
para amar y servir a tu Iglesia en las circunstancias que nos toca vivir.
María Madre de la Iglesia, acompaña nuestro caminar. Amén.

COMPROMISO

¿Qué llamado misionero me hace Jesús en
favor de su Reino a partir de este tema?

Elaborado por: Dioselina Hernández G. Cm

Revisión y ajustes Comisión de Espiritualidad y Formación.



CARMELITAS MISIONERAS
Provincia Nuestra Señora de las Virtudes